con toda la fuerza y magestad de espresiones que merecen?

Si la armonía sola, tiene algunas veces tanto poder sobre el espíritu y sobre el corazon ¿qué no hará sostenida por la verdad, por la solidez y por la grandeza misma de las cosas? Con esta mira he procurado ensayar en algunas de estas elevaciones el tono de los cánticos y de los salmos; ¿Habrá sido una temeridad haberme atrevido á intentarlo? Lo seria sin duda y de las mas ciegas, si me lisonjeara de haberlo conseguido. Puede sentirse, acaso, algo de lo sublime de las espresiones, de las pinturas y de las gracias de la poesia sagrada, mas no podrán imitarse, ni igualarse sus bellezas, sin estar inspirado como el Profeta.

LA RELIGION

DEL CORAZON.

ARTICULO I.

Sentimientos de una alma que consagra los primeros momentos del dia á los homenages y alabanzas debidas á un Dios Criador.

Deus, Deus meus ad te de luce vigilo.
Dios, Dios mio, á ti me dirijo desde que apunta la luz.—Ps. 62.

Al ejemplo del Real Profeta, yo quiero ¡oh mi Dios! hacer un santo uso de los primeros rayos de luz que tocan á mis ojos. Es justo que mi corazon se abra al reconocimiento al mismo tiempo que mis miradas se franquean á la luz del dia. Este es un mero beneficio que vuestra liberalidad se dig-

na concederme; es justo que yo os consagre las primicias de él, y que todo mi celo se empeñe en pagar á vuestra grandeza el tributo de homenages y alabanzas que le es debido.

El hombre, la mas perfecta de vuestras obras, ¿se dejaria prevenir por las aves del cielo, que parecen con sus cantos, comprometer á toda la naturaleza á anticiparse, al rayar de la aurora á cumplir un deber tan estrecho?

Que la estrella de la mañana me vea convidar á todos los séres de la tierra para alabaros por los dones siempre renacientes de vuestra bondad el sol por la brillantez de sus rayos anuncia vuestra majestad en la tierra, y renueva á mis ojos la imágen de vuestro poder cuando la saca de la nada por un solo acto de su voluntad.

¡Admirable espectáculo! un rayo de luz parece reproducir de nuevo el universo, y cada dia nos patentiza sensiblemente el milagro fecundo de la creacion.

La noche, imágen del caos y de la muerte, todo lo cubre con su sombra.

¡Oh tierra! ¡oh mar! vosotros renaceis con la claridad del dia.

¡Mortales! vosotros estais sepultados en las tinieblas; ellas os quitan la mitad de la vida; el dia viene á libertaros de ese triste yugo, y como á daros una nueva vida, corresponded á vuestra vez, con un nuevo homenage al Altisimo, é indemnizadle por lo ardiente de vuestros afectos, de las horas que un reposo necesario os hizo perder.

¿Qué veo? mis ojos con dificultad pueden soportar los resplandores de ese sol que el Real Profeta (Ps. 18) compara al esposo que se adelanta saliendo con magnificencia de su retrete. Todo es pálido y sombrio, despues del vivo esplendor con que brilla; ¡mas cuánta es la distancia al de tu belleza, ¡oh mi Dios! aquel no es sino un velo oscuro con que cubris vuestra majestad para no deslumbrar nuestros ojos.

¿Cual debe ser pues vuestra gloria, si es-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

te astro, en que no habeis hecho sino poner vuestro tabernáculo (Ps. 18) aparece tan luminoso y tan bello? Y cuando por solo este motivo escita toda nuestra admiracion y todos nuestros trasportes, ¿cuales deben ser los sentimientos de gratitud y admiracion hacia vos que eres el divino criador? Cuando él guarda con tanta esactitud y rapidez una carrera inmensa, sin jamas separarse de la senda que vuestras ódenes le han trazado ¿qué ejemplo y modelo mas ecsacto de la sumision y ecsactitud con que nosotros debemos observar las que nos has impuesto? cuando empeñado en esparcir en todo lugar un calor útil y benéfico, que hace ecsalar y remontarse hácia el cielo el perfume mas delicado y precioso de las flores ¿no reclama en vuestro honor el incienso mas puro de nuestros corazones? ah! dignaos ¡oh mi Dios! dignaos llenar el mio de otro tanto fuego como el de ese astro en toda su vasta estension, haced que yo camine siempre por la senda de vuestros mandamientos con una

prontitud y ardor iguales al de su curso.

¡O Sol de justicia! oh verdadero Sol, de quien aquel no es sino la sombra é imágen imperfecta, haced brillar á los ojos de mi alma los mas vivos resplandores de vuestra inmortalidad. Sed su única regla y su fuerza. Sed su vida, su gloria y su corona; y haced que despues de haberos contemplado, despues de haberos admirado en todas vuestras obras, tenga en fin la dicha de contemplaros eternamente en vos mismo, y de entregarse para siempre á todos los trasportes de un amor y una admiracion sin límites.

ARTICULO II.

Condescendencia de Dios, que permite al hombre conversar familiarmente con él.

Loquar ad Dominum, cum sim pulvis et cinis. Hablaré al Señor, aunque sea polvo y ceniza.—Gens. c. 27.

¿Qué deseo es el que me anima? ¿me atreveré á elevarme sobre las álas de la oracion hasta el trono tremendo de la Majestad divina, que rodea por todas partes una luz inaccesible? ¿osaré yo, siendo polvo y ceniza, llevar mis suspiros aunque humildes á los piés del Eterno? Ah! en el ardor en que me estrecha á ofrecer un justo homenage de amor y de adoracion á mi Dios, yo siento mil afectos que mutuamente se combaten, y cada uno á su vez, ya me detienen, ya me estimulan sin poderme resolver.

El respeto y el temor, el amor la confianza y la admiracion se apoderan á su turno de toda mi alma. La confianza me convida, el amor me llama; mas el temor parece oponerse de algun modo á las pretensiones de mi corazon. ¡Un débil mortal hablar con el Altisimo, con el Rey inmortal de los siglos! ¿Una impotente creatura alternar conversando con el Creador soberano! ¡el polvo vil familiarizarse, por decirlo así, con el Sér Supremo! ¿No es esta una presuntuosa temeridad?

¿Quién podrá terminar mi penosa indecision? Oh! Vos que por el mas señalado de los favores os habeis dignado uniros en tiempo á la naturaleza humana, Divino Salvador, solo vos podeis conciliar perfectamente los mas caros intereses de mi corazon con los justos sentimientos de mi respeto y de mi impotencia. En vos consiste, por vos es por quien la tierra ha sido honrada con la gloriosa visita del Rey del cielo: ¿no es tambien

por vos el que ella pueda conservar un tan precioso y sublime comercio? Sí, vos asegurais mi timidez; así es, reclamando vuestros méritos é invocando vuestro nombre, ¡oh divino Mediador! como yo puedo tener fácil acceso cerca del trono de la gracia. Vos sois el que poneis en mi corazon esos secretos gemidos con que me atrevo á llamaros mi Padre. (S. Pab., Rom. 15.) Vos sois quien me enseña á dar este dulce nombre á mi Dios: y bien puedo en lo de adelante entregarme sin temor á los deseos que me conducen y elevan hasta el seno inefable de la Divinidad.

Prosternado, fuera de mí, y arrebatado á la vista de esa gloria que brilla eminentemente en un Dios, que quiere muy eficazmente ser mi Padre, yo me dejo llevar de todos los trasportes de mi ardor y confianza. Yo me arrojo á asociarme á los celestiales conciertos, que celebran su bondad, su poder y su grandeza.

¡Oh felices habitantes de la mas afortuna-

da mansion! Vostros que podeis en cada instante contemplar cara á cara el encantador objeto de vuestra admiracion, vosotros que os nutris continuamente con su presencia augusta; y bebeis á manos llenas en ese oceano de delicias; permitid que yo tenga parte con vosotros en tan dulces sentimientos; ó si son sobre la miserable condicion del hombre que aun habita la tierra, concededme, siquiera, mirar de léjos al traves de la nube que me cubre, esos atractivos encantadores, esos atractivos divinos y siempre nuevos que causan vuestros trasportes y escitan todos mis deseos.

Sentado en las márgenes del rio de Babilonia (Ps. 106) mis ojos se vuelven sin cesar hácia vos, ¡oh celestial Jerusalen! en esta sombría mansion de mi cautividad, yo consuelo alguna vez á mi tristeza, yo suavizo mi displicencia, recordando á mi espíritu los placeres y dulzuras de Sion. ¿Se me puede privar de este necesario consuelo? Ah! yo apresuro por mis suspiros el fin de mi des-

tierro: mi alma sacude sus álas en el dulce ejercicio de una santa contemplacion: ella se sacude del triste polvo, ella ensaya sus fuerzas, ella procura desembarazarse de un lazo importuno: ¡cuándo le será concedido volar para siempre al seno del amor eterno!

ARTÍCULO III

Sentimientos de una alma que procura elevarse y unirse al Sér Supremo.

Ego sum, qui sum.
Yo soy el que soy.—Exd. c. 3.

Así es como vos mismo os nombrais, ¡gran Dios! y por ese nombre inefable es como os dais á conocer á nosotros. Vos solo podeis enseñarnos ese nombre sagrado, ese nombre que no es propio sino de vos. Vos solo ec-

sistís por vos mismo; vos sois el principio, el fin y el centro de todas las cosas: de vos solo nacen la vida y toda felicidad.

¡Oh Sér de los Séres! Sér por quien yo soy, y por quien es todo lo que es! ¿no me será permitido elevarme hasta la fuente fecunda de mi ecsistencia, conducido por el tierno deseo de contemplar vuestras adorables perfecciones? Mas ¿qué es lo que digo? ¡oh mi Dios! quién podrá concebir vuestra esencia infinita? y el indiscreto investigador de una tan alta Magestad, ¿no será agobiado del inesplicable peso de vuestra gloria? Sí, mas esta misma postracion é impotencia mia, hacen el gozo que arrebata mi debilidad y mi amor. Mientras menos os concibo, mas os adoro: bástame conocer, Señor, que sois infinitamente sobre todo conocimiento: bástame saber que todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría están en vos solo (S. Pab. Coloss. 3).

Ah! cuando yo soy la misma nada; vos lo sois todo, y vos suplis abundantemente lo que

yo no soy, por lo que sois vos. Sí, mi Dios, yo me gozo de mi nada, admirando y adorando vuestra grandeza. Yo me consuelo de la brevedad de mis dias, pensando que vos sois inmortal é inmutable.

La idea de vuestra felicidad endulza sensiblemente mis aflicciones. Vuestra Omnipotencia asegura mi debilidad: vuestra abundancia enriquece mi miseria y mi pobreza; yo no ecsisto ya para mí, sino en el Sér inmenso que contemplo.

¡Oh Dios de mi corazon! uniéndome á vos voy á la fuente de los afectos, pierdo mi languidez y mi sequedad. Yo renazco, yo me reanimo en vuestro seno; yo saco de allí una nueva vida y otra ecsistencia, que me sobrepone á mis pasiones, que me eleva sobre mí mismo.

Adorando y reconociendo á vuestros piés la grandeza de vuestros atributos, y la soberanía de vuestro Sér, los homenages que yo os tributo levantan mi bajeza, y el resplandor inmortal que sale de vuestro trono bri-

llante, resalta sobre mi sér y le cubre de gloria. Oh! y ¡cuán divino es este comercio! ¡Cuán ventajoso es para el hombre! Puede, ¿cuándo ha gustado su dulzura, ocuparse de cualquiera otra cosa?

¡Oh, vosotros que ignorais los encantos de esta union, y que no hablais con este Dios de amor, de quien toda la naturaleza anuncia la grandeza con una voz tan inteligible qué haceis sino desfallecer sobre la tierra en una triste noche y en un eterno silencio? ¿cómo podeis permanecer mudos en medio del concierto universal de todos los séres que publican á porfia las alabanzas de su Autor?

Háblale tú sin cesar ¡oh alma mia! háblale, sobre todo, el lenguage que su amor escucha tan gustoso. Que todos tus afectos sean otras tantas voces animadas que se dirijan continuamente hácia su trono y te atraigan las miradas de sus mas caras complacencias.

¡Qué de riquezas no se pondrán á tus ojos! ¡Qué magnificencia, qué profu-

sion de dones inestimables no derramará á manos llenas sobre tu indigencia, en esta feliz circulacion de deseos y homenages por tu parte, y de beneficios sin número por la suya!

Oh hombres! vosotros desconoceis vuestros mas caros intereses, descuidando un comercio tan dulce. Vosotros ignorais el precio de esos momentos deliciosos, en que el alma con el vuelo de un amor sostenido por la confianza mas viva, elevándose sobre ella misma, va hasta el seno de la Divinidad, á llevar sus votos mas ardientes, á contemplar la grandeza de sus esperanzas y estrechar los nudos de esa union íntima, cuyos encantos igualan los atractivos infinitos que los producen. Ah! si en estas comunicaciones tan tiernas se escuchan los suspiros, estos son los del amor feliz que se esplican por este penetrante lenguage. Si allí los ojos riegan con sus lágrimas, el reconocimiento es el que las hace derramar, y el mismo amor que las re-

cibe las enjuga, y cámbia en gozos y trasportes indecibles.

ARTÍCULO IV.

Sentimientos de una alma que gime por las blasfemias de la impiedad.

> Fuerunt mihi lacrymae meae panes.... dum dicitur mihi quotidie: ubi est Deus tuus?
>
> Mis lágrimas han servido de pan..... desde que me están diciendo diariamente: ¿Dónde está tu Dios?

¿Puedo yo escuchar las blasfemias de la impiedad, que osa preguntarme, dónde estais vos, gran Dios, sin entregarme al mas amargo dolor y á la mas justa indignacion? ¿Osar preguntarme dónde estais vos, cuando todos los tiempos, todos los lugares, mostrando vuestros beneficios, hacen ver vuestro

poder, vuestra ecsistencia y vuestras bondades! Cómo se osa negar vuestra Providencia, cuando vuestros atentos cuidados sobre los mas pequeños insectos la hacen resplandecer tan visiblemente!

Insensatos! ¡cuál es vuestra ceguedad, ó mas bien vuestra negra malicia, que finge desconocer un Dios, que los cielos y la tierra anuncian con un lenguaje que se hace entender por todas las naciones! Mas, ¡cuál es al mismo tiempo vuestra audacia, que no teme traspasar sus preceptos, mientras que la naturaleza entera le obedece, que la nada viene á ser fecunda con sola su palabra, los astros se estremecen, el mar suspende sus olas irritadas, las elevadas montañas se abaten delante de él y le adoran; el relámpago, el trueno y los vientos, son los ministros de su voluntad; los llama y al momento ocurren todos al imperio de su voz; los envia, y parten luego sin detencion; en fin, mientras que todos los séres se empeñan á porfia en pu-

blicar su gloria y su grandeza, y á celebrar su magnificencia!

¡Oh Sér invisible á los ojos mortales; pero cuyo poder absoluto y soberana sabiduría, son tan visibles en todas partes! solo el impio, el impio insolente osa ultrajaros; él vive segun el gusto de sus deseos y desprecia vuestras leyes. Sus placeres son sus dioses; sus inclinaciones son la única regla de su conducta: cómo os burla, y aun respira! ¡cómo vuestro trueno vengador no aniquila su cabeza altanera! yo tengo el dolor, oh mi Dios, de escuchar sus blasfemias y ser el triste testigo de sus atentados sacrílegos!

Vos diferis castigarle: vuestra eternidad hace vuestra paciencia.

De lo alto de vuestra suprema morada y del seno de vuestra inmutabilidad, veis el torrente que en su curso arrastra á todos los hombres: el impio llevado de la fuerza de su corriente, os insulta al pasar: vil insecto, él osa picar la mano bienhechora que le sostiene; mas sus débiles es-

fuerzos se desvanecen con él, y cae al instante bajo de los golpes de vuestra cólera. Ella no espera siempre, oh mi Dios! el que haya llegado al término de su carrera: ella le persigue y aun le alcanza desde esta vida. En vano será que quiera separar de su memoria la imágen de vuestra justicia que una mano invisible ha grabado en su corazon con caracteres tan profundos que nada podrá borrarlos; esta imágen importuna renace en cada momento á su pesar del seno de sus remordimientos. El insensato os rehusa un homenage de amor; pero él os tributará el de espanto. Desconoce vuestra bondad; mas probará el peso de vuestras venganzas.

Confundid para siempre, Gran Dios, confundid, disipad la nacion infiel, que no os conoce, (Ps. 31.) y que os ultraja con sus blasfemias. No me dejeis mas tiempo en medio de los habitantes de Cedar, acabad mi destierro; mandad, en fin, que mis ojos se cierren para siempre á los escándalos que los hieren y que afligen mi corazon.

Ah! yo quisiera amaros, y llevar con mis deseos, los de todos los hombres reunidos en uno. Mi alma quiere lanzarse hácia vos; pero una funesta cadena la detiene y la arrastra. Oh cielo! ¡es preciso que un peso fatal me incline á mi pesar hácia la tierra! Incierto de la rectitud de mi corazon, yo ignoro si os es fiel: oh! ¡cuán alarmante es esta duda! ho! ¡y cuán molesta y triste es esta situacion! Qué! ¡aun puedo yo perderos para siempre, oh Dios dé mi corazon! Ah! romped antes el hilo de mis dias, y no me dejeis entregado á una incertidumbre tan cruel. Apresurad para mí el momento de vuestro reino perfecto, de ese dia feliz en que los cielos saltarán de gozo en vuestra presencia; de ese dia deseado, en el cual los escogidos se reunirán á porfia, bajo vuestra sombra: como los polluelos al abrigo de las álas de su madre.

Oh momento afortunado! ¿cuándo vendrás? ¡Oh dulce esperanza! solo tù podrás suavizar mis aflicciones y suspender mis penas.

¡Oh vosotros los que insultais mi fe! ya no escucharé mas vuestros sacrílegos discursos, vuestros escándalos no alarmarán mas mi virtud: mis miradas no se fijarán mas sobre vuestros crímenes.

Yo veré á mi Dios en su gloria y magestad; yo lo veré vengado de vuestras dudas pérfidas, por las adoraciones y alabanzas de toda la eternidad.

ARTICULO V.

El conocimiento de Dios, nos eleva á su amor.

Noverim te, ut amem te.
Que os conozca, para amaros.—S. Agustin, Soliloq.

Aprendamos á conocer á Dios y sabremos amarle· egercitémonos en el mas sublime de los conocimientos: elevemos nuestras mira-

das hasta el cielo: tomemos el vuelo, penetremos, si es posible, hasta el seno inefable de la Divinidad; adoremos, admiremos sus perfecciones infinitas; entremos..... mas qué digo? y ¿quiénes somos nosotros para llevar nuestras débiles miradas hasta el trono del Eterno?

Tierra frágil, porcion de lodo, vil sedimento que vuestro soplo anima, oh Dios mio! y vuestra bondad sostiene, ¿podré correr el velo sagrado que me cubre vuestra esencia infinita? Ah! vos solo os conoceis, y no hay otro que vos que os dé á conocer. "Que yo os conozca, por lo menos, al tan«to que es posible en medio de las tinieblas «de esta triste mortalidad (S. Agust. Confes. «c. 6). Mas, ay! ¿qué idea se formará mi «espíritu de vuestras perfecciones? ¿Bajo de «qué imágen os representaré á mi corazon? «vuestra belleza, oh mi Dios! ¿es acaso del «género de aquellas que mis ojos perciben en «las cosas sensibles y corporales? vuestro res«plandor, ¿brilla como esta luz esterior que «disonjea tan agradablemente nuestra vista?